

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
REVISTA
DE
HISTORIA CANARIA

Director: el Decano, Dr. Elías Serra Ràfols

Tomo XXIII

La Laguna de Tenerife (Islas Canarias)

Año XXX

Una revista especializada

Por Elías SERRA RÀFOLS

Nuestros lectores habituales se habrán dado cuenta, en seguida que ha llegado a sus manos este número, del cambio de nombre que hemos dado a esta publicación. Mejor que cambio, complemento. REVISTA DE HISTORIA se enorgullece del espíritu de continuidad que han mantenido sus editores y redactores. Desde 1924 aparece con el título indicado, y este deseo de persistencia, este horror a las veleidades gratuitas es el que aconsejó mantenerlo invariable hasta ahora. Tenía, no obstante, un claro defecto: su vaguedad, la falta de alguna palabra que identificase claramente sus fines y su campo de trabajo. Era, sin duda, una revista dedicada al cultivo de la Historia; pero, ¿qué historia?, ¿de dónde?, ¿por parte de quiénes? Revistas con el mismo título exacto ha habido varias; de publicación actual, recordamos concretamente una en Brasil; y, si no hay más, será precisamente porque los posibles editores se han dado cuenta del confusionismo que este título supone. En efecto, al citar estas revistas, es forzoso añadir a su título, por lo menos,

el nombre de la ciudad donde aparecen: São Paulo, La Laguna. Todavía si aquélla es asaz conocida, para no exigir más detalles, en cuanto a nuestra modesta ciudad, para estar seguros de que en cualquier parte será identificada, hay que añadir, aún, España, o, acaso mejor, Tenerife o Canarias: total, cuatro palabras, por lo menos. Quien conozca las dificultades de la bibliografía científica y los hábitos internacionales en esta materia sabe que esto es demasiado y que seguramente seremos en tal caso víctimas de las siglas que tan calamitosos nombres están imponiendo a las cosas más corrientes, SEPES, SEPEM, CAMPSA, IFPRT, etc. En un reciente estudio sobre este problema, aparecido en «*Analecta Sacra Tarraconensia*», se admite un máximum de tres palabras para excusar las siglas; y si a nuestro título le añadimos una, conseguimos la precisión que deseamos, sin exceder de este tope. REVISTA DE HISTORIA CANARIA ya precisa suficientemente el lugar de publicación, las Islas Canarias, y el objetivo limitado de su estudio, la Historia de las mismas Islas. Añadir una palabra a nuestro título no nos ha parecido tanta innovación, que resulte incompatible con nuestro tradicionalismo, tanto más que su significado estaba implícito, de tiempo, en nuestras intenciones.

Y tomaremos pie de este esfuerzo por señalar claramente nuestra especialización para hacer algunas consideraciones sobre los males que produce a menudo el contrario sistema de no mantenerse cada publicación dentro del campo y carácter que le corresponde lógicamente. Algunas veces hemos aludido a la costumbre que tienen muchos estudiosos canarios de verter el fruto de sus trabajos de pura erudición en las columnas de la prensa diaria, con preferencia a las revistas más o menos especializadas que ya en buen número se publican en estas Islas mismas y, no digamos, en la Península. Cuando estas colaboraciones sobre temas científicos son escritas pensando ya en las naturales limitaciones de un público tan vario, y son además debidas a plumas conocedoras y aun especialistas en el tema tratado, serán sin duda aportaciones acertadas y justificadas a dicho tipo de prensa y contribuirán valiosamente a la divulgación de las ciencias y en general de la cultura.

Pero cuando se trata de trabajos de pura erudición, son ahí un seguro error, pues, de un lado, difícilmente serán bastante atractivos

para el público diverso de los diarios y, por otro, la efímera vida que les confiere tal medio de publicación los condena a permanecer tan inéditos, prácticamente, como antes.

Pero, ¿qué diremos cuando la dirección o la redacción de los diarios se contenta con recortar sin criterio ni examen cualquier Digest o con reproducir informaciones de agencias irresponsables? No se trata ya, sin duda, de estudios históricos inadecuados para tales publicaciones, sino, al contrario, de improvisaciones o pseudo-traducciones sin sentido, que dan al lector ideas disparatadas o ya mandadas retirar. Con motivo del propósito de Gran Bretaña de realizar unas experiencias nucleares en el Océano Pacífico, hemos leído pintorescas informaciones sobre la isla de Pascua (Easter Island) y su cultura prehistórica, como supuesta víctima propiciatoria del experimento, confundida tontamente con la isla Christmas (o Navidad), una de las Espóradas ecuatoriales o Line Islands, bajo el meridiano de Honolulu. Jamás pudo pensarse en Londres en la isla de Pascua, por la sencilla razón de no pertenecer a su bandera, sino que es dominio indiscutido de Chile. Y, además, ¿no imaginan estos publicistas que si tal salvajada se hubiese soñado ya habrían llovido las justas protestas de todas las organizaciones internacionales de Arqueología y Etnología?

En nuestro concepto, fue más grave el desliz de un colega, al publicar, en lugar destacado, una información de agencia en la que se atribuía con alborozo a un periodista cubano el descubrimiento, por centésima vez, de la cuna de Colón. Según la información jaleada, el plumífero habanero había descubierto que Colón fue gallego, puesto que así lo afirmó nuestro Núñez de la Peña, no sabemos a santo de qué, pues en su tiempo nadie se ocupaba de estas tonterías. Uno de los más destacados colaboradores de esta REVISTA, el Dr. don José Peraza de Ayala, hace ya tiempo (tomo XVIII, 1952, págs. 561-565) estudió esta supuesta declaración notarial de Núñez de la Peña y la clasificó de inauténtica; como antes la Academia de la Historia había declarado adulteradas las supuestas pruebas del galleguismo de Colón, inventadas por García de la Riega. Pero ni los trabajos de los técnicos ni las Reales Academias merecen consideración alguna de los periodistas; nueva prueba, si no era bastante lo dicho, la tuvimos ahora cuando nos dirigimos a la dirección del

diario en cuestión y le rogamos que hiciese constar, por lo menos, el criterio nuestro sobre la información publicada. Sin duda, a causa de la incompetencia que por nuestro cargo se nos supone, no sólo no fuimos atendidos, sino que a los pocos días aparecía en las mismas columnas un artículo de un aficionado glosando con entusiasmo las «patrióticas» imaginaciones del periodista cubano y sacando de nuevo a luz todos los viejos cuentos de García de la Riega y colaboradores. Y así tenemos que dejarlo, pues no pensamos batirnos por eso.

Ni siquiera vale la pena de enojarse y perder el humor. Si los diarios muestran tanta ligereza al tratar temas históricos, a la verdad no se quedan solos en el pecado. La pobre Historia es cada día más el comodín útil para apuntalar las ocurrencias personales de cada uno. Corre hoy día todo un género de libros —los de divulgación científica para el gran público— que no son más escrupulosos que la prensa de gran circulación. Cae en mis manos uno de ellos, La conquista de las profundidades, debido a Antonio Ribera y a Mario Lleget, valientes y meritísimos submarinistas catalanes. Contiene el libro muchas cosas interesantes, unas de observación directa de los autores, otras procedentes de las experiencias del «Calypso», hoy popularizadas por la cinta cinematográfica. Muy bien, si los autores se hubiesen limitado a tan buenas fuentes; pero en la página 150 leemos: «A propósito de esta tremenda catástrofe atlántida —se refieren al mito platónico de la Atlántida, hoy no sabemos por qué más popularizado que en otro tiempo los del nacimiento de Venus, los trabajos de Hércules o el suplicio de Prometeo— los aborígenes canarios contaron a los conquistadores españoles una leyenda muy curiosa. Hubo, según ellos, una espantosa inundación, que invadió todo el país, y de la cual sólo algunos de sus antepasados pudieron salvarse, refugiándose en la cumbre de los más altos montes. La parte superior de esos montes, afirmaban los últimos 'guanches', son las Islas Canarias, que durante la inundación continuaron emergiendo sobre las olas encrespadas... También resulta curiosa la etimología de la palabra 'guanche', que significa hombre solo, último hombre, es decir, superviviente de la antigua catástrofe».

Confieso mi enorme curiosidad por saber dónde quedó consignada la interviú con los antiguos canarios o guanches, en la cual

contaron esa historia; también nos gustaría conocer quién estableció la interesante etimología del nombre de los aborígenes de Tenerife. Lo preguntaremos a los autores; pero tenemos poca confianza en sacar de ello «el agua clara».

Por fortuna, en la medida en que podemos enjuiciar el problema, existe un estrecho campo en el que, en conjunto por lo menos, se nota un grado de exigencia, un escrúpulo en el hacer cotidiano, que permite andar por él con más seguridad, ya que no con descuido. Es el campo, de tan reducido público, de las revistas científicas, tanto de Historia como de otras Ciencias humanas o naturales. Tendremos, si amamos sincera y desinteresadamente la indagación de la verdad, esto es, la Ciencia, que encerrarnos en ellas; y, por lo poco que nos toca, esforzarnos en mantener alta la bandera del trabajo metódico, contra las improvisaciones y las fantasías en busca del aplauso del gran público cinematográfico.